

LA "COYA" MILENARIA EN SU PIRA

UN olor semejante al del incienso, pero más intenso, más penetrante, se esparció por el Templo; las columnas de humo que ascendían de los pebeteros fueron a reunirse bajo la bóveda, para buscar su salida por el agujero circular que recortaba por encima de todas las cabezas un disco azul al cual no tardaron en velar. Entonces, los dos "mamaconas" que debían morir, se levantaron y corrieron hacia el rey, protestando con arreglo al ritual.

—¡Oh, Rey!—dijeron—te suplicamos que hagas cesar todas las humaredas de la tierra. ¿Cómo quieres que el Sol dé la señal para comenzar el sacrificio, si nos ocultas su rostro?

El Rey hizo una seña y los pebeteros se apagaron y el rutilante disco azul apareció de nuevo.

Entonces, vióse sobre tres piras a los tres guardianes del Templo, a los tres gnomos de cráneos deformados, que sostenían en sus manos inmóviles un espejo de metal, haciendo converger sus rayos a un montoncito de algodón colocado en el

centro de la plataforma de resina. ¡De este modo atraían la buena voluntad del dios para prender fuego a la pira!... (1). En aquella plataforma no había ningún poste, nada que sirviera para atar a las víctimas que debían quemarse "voluntariamente". Pero lo peor que podía sucederles era que el dios no las quisiera para sí. Si no las quería, no tenía más que ocultarse el rostro con una nube y la pira no ardía. Las que debían morir, estaban condenadas a vivir, pero tenían que desaparecer. Se convertían en "la vergüenza de la nación".

Esto lo sabían aquellas que, llenas de ansiedad, con las pupilas dilatadas por la esperanza en la bondad del dios, aguardaban la primera llamada. ¡Alrededor de ellas la asamblea cantaba y rogaba al dios que les fuese propicio y los espejos seguían inmóviles en las manos de los tres guardianes del Templo!

Si la pira destinada al cuerpo de la "Coya" muerta mil años antes, cuyo lugar en el muro del Templo iba a ocupar la nueva "Coya", no ardía, ello no significaba que el dios no admitiese la nueva esposa, (y ésta descendía viva a la tumba de la otra) significaba que la esposa milenaria no habría sabido agradar al dios durante los mil años de matrimonio solar, y que sus restos no merecían la

(1) Prescott. En la fiesta de *Raymi* se quemaban las piras valiéndose de un espejo cóncavo de metal pulido, que, concentrando en un foco los rayos solares sobre un montoncillo de algodón seco, no tardaba en inflamarlo. Tal expediente empleábase en circunstancias parecidas entre los antiguos romanos, a lo menos en el reinado del piadoso Numa Pompilio.

honrosa sepultura del fuego. Y los arrojaban a los muladares de la montaña, dominio de los cuervos negros.

Ahora bien: aquel día la pira que ardió primero fué la de la antigua "Coya", e inmediatamente corrieron a buscarla. Estaba dispuesta. Entonaron cánticos en su honor y los sacerdotes dejaron caer un velo de púrpura en el que Raimundo, deslumbrado por la magnificencia de aquel templo de oro y de púrpura, no había parado la atención.

La cortina, una vez arrancada, dejó ver en la pared una cavidad en la cual cabía una persona sentada. Aquella cavidad era una de las cien tumbas del templo de la Muerte y, dentro, se entreveía la confusa silueta de la "Coya" milenaria, aún sostenida por sus bandeletas. No era más que un esqueleto, porque enterrada viva como todas las demás "coyas" del Templo, una vez muerta sólo había tenido por todo embalsamamiento sus bandeletas perfumadas; sin embargo, la virtud que tiene el suelo peruano "de conservar sus muertos", se manifestó una vez más, al aparecer entre las bandeletas no los huesos, sino la piel del rostro. De ello pudieron darse cuenta los "curacas", los neófitos, y los sacerdotes que estaban en aquel lado del Templo; Raimundo no veía más que una muerta sentada, y no pensaba más que en una cosa: en que iba a ceder su puesto a María Teresa, que quizá no estuviera muerta.

Y, una vez más, sinceramente, deseó que lo estuviera.

¡Si no lo estaba, cuánto debía sufrir si aún po-

día pensar! ¿Qué pensamientos serían los suyos? Tal vez en aquel momento supremo pensara que Raimundo no habría sabido librarla de sus verdugos. Tal vez en aquel instante infernal en que, para suplicio suyo, presenciaba todas las horripilantes ceremonias de la antigua superstición, pensase en su amor tranquilo y burgués, que había nacido tan plácidamente en sus corazones sencillos y tan poco deseosos de aventuras. ¡Qué destino aquel que había arrebatado del seno de la civilización moderna, que no vive de cuentos fantásticos, sino de buenas y sanas matemáticas, a aquella muchacha a quien únicamente preocupaban los intereses de una empresa comercial! ¡Qué destino aquel que la había arrancado de su despacho, de entre un libro de caja y un copiador, para arrojarla a la grupa de la quimera!

Y ésta, monstruo fabuloso que salva todas las distancias, la habían llevado en pocas horas de un extremo a otro del camino recorrido por los hombres durante muchos siglos y acababa de dejarla en la selvática ribera en donde aún crepitaban las hogueras de la aurora del mundo. ¡Ay! Así, pues, aún podía morir una mujer como Ifigenia, joven, bella, en plena salud y ya dispuesta para ir al encuentro del esposo. ¡Ah! Cómo cerraba los párpados para no ver la espantosa pesadilla, la quimera, la horripilante quimera que rondaba en torno suyo con su olor a azufre y sus perfumes repugnantes y su cabeza de "mamacona"... Pero, Raimundo se repetía una vez más que quizá estuviera muerta. Había debido morir al sentir que

le arrebataban el niño, al oír el grito del niño sacrificado en la capilla del gran Pacahuamac.

Los sacerdotes sacaron a la "Coya" milenaria de su nicho y la llevaron a la pira en su sillón real. Aquella "Coya" que iba a quemarse había conservado la actitud que deben tener las Coyas cuando mueren ahogadas en su tumba por falta de aire; es decir, una actitud de las más dignas, de reina sentada en su trono, y esta actitud la obtendrían haciendo el nicho de las Coyas tan estrecho que, en su agonía, sólo podían permanecer sentadas.

Por ello, ésta ardió sentada y tan tranquila, en medio de las llamas, que las "mamaconas" condenadas a este mismo suplicio, sintieron envidia.

Raimundo no miraba ya las piras, ni a María Teresa, sino la tumba en la cual iban a enterrarla. Se decía que si aún vivía y si aún era posible salvarla, sería preciso sacarla de allí sin perder un instante. Y su mano se crispaba ante el mango de la piqueta de Orellana, pero la otra mano no soltaba el revólver y seguía sintiendo furiosos deseos de matar. También hubiera querido que María Teresa hubiese abierto los ojos, si no estaba muerta.

Pero las otras dos piras no ardían, y las "mamaconas" comenzaron a lamentarse porque debían morir antes que María Teresa, según estaba escrito, para prepararle su cámara en los palacios encantados del Sol, y si el Sol no encendía las piras no llegarían a tiempo. Anhelantes, volvieron hacia el astro, y alzando las manos en ade-

mán de súplica, exclamaron: "¡Oh, Sol, somos mujeres! ¡Danos el valor que puede faltarnos! ¡Divinos rayos del Sol, sednos propicios! ¡Rey del cielo, mira cuál es nuestro destino! ¡Envíanos tu fuego! ¡Ten piedad de nosotras!..."

Todos los coros repitieron por diez veces, después que ellas, la letanía: "¡Envíanos tu fuego, ten piedad de nosotros!"

Pero el Sol no envió su fuego hasta que el humo de la primera pira se disipó casi por completo, lo que por lo demás no tardó en suceder, porque los "sacrificadores" activaban la combustión rociando la hoguera con alcohol perfumado. En cuanto los guardianes del Templo bajaron con sus espejos y la resina empezó a chisporrotear, las dos "mamaconas", dejando caer al suelo sus túnicas de fiesta, se precipitaron a las piras como locas, entre carcajadas de alegría, y clavando en el cielo sus miradas extáticas, esperaron el momento en que las llamas habían de hacer presa en ellas, mientras en torno suyo resonaba una música infernal, y en tanto que las demás "mamaconas", dominadas por feroz exaltación, bailaban alrededor de las piras. Las llamas envolvieron al fin a las dos desgraciadas, que lanzaron un grito terrible, y una de ellas saltó de la pira.

"¡Vuelve a la hoguera! ¡Vuelve a la hoguera!", le decían sus compañeras, rodeándola; pero ella aullaba de dolor y reclamaba el cuchillo del sacrificador.

Entonces, el guardián del Templo, el del cráneo horripilante (el del cráneo en figura de capacete,

que amaba la sangre), le hundió su cuchillo de oro en el pecho y la sangre salpicó los negros velos de las "mamaconas", que reanudaron sus danzas y sus cánticos. En cuanto a la víctima, cayó medio muerta entre las repugnantes manecitas de los guardianes del Templo, que la arrojaron a la pira, en donde desapareció. La otra "mamacona" soportó el tormento de pie, sin lanzar más que el primer grito terrible y, cuando se desplomó en el centro de la gigantesca corola purpúrea que el dios le había enviado para transportarla a los palacios del Sol, entusiastas aclamaciones saludaron este triunfal martirio.

MARÍA TERESA EMPAREDADA VIVA

Las "mamaconas", cada vez más enloquecidas por el fuego, la sangre de que estaban cubiertas, el insoportable hedor y la humareda odiosamente perfumada de las piras, reclamaban también el martirio. Tres de ellas, se precipitaron entre las llamas, pero saltaron de las piras casi inmediatamente, presentando el pecho al sacrificador, que las mató, como ellas deseaban. Y no sabemos hasta dónde hubiese llegado este delirio de sacrificio y de muerte, si un gesto de Huáscar no hubiese puesto término a esta exaltación.

A una señal suya, cesó la música infernal, concluyeron las danzas y los cánticos, y los guardianes del Templo apagaron entre cenizas los restos de las piras. Le había llegado la vez a María Teresa.

Raimundo, casi desvanecido, abrió los ojos al oír la voz de Orellana.

Vió que las "mamaconas" despojaban a María Teresa de las joyas valiosísimas de que literalmente estaba cubierta. En todo su cuerpo, desde la

cabeza hasta los pies, "las lágrimas del sol", según la expresión consagrada, lanzaban sus áureos destellos. En su cabellera, en sus orejas, en sus mejillas, en su pecho, en sus hombros, en sus hermosos brazos, en sus piernas, en sus pies aprisionados por las sandalias de oro, sólo se veían alhajas, placas y discos refulgentes, collares y pulseras. Todo se lo quitaron y lo guardaron cuidadosamente en una caja de oro. También la quitaron la fatal pulsera de oro. Estas alhajas, debían esconderlas nuevamente hasta el día en que, transcurridos diez años, necesitara el Inca una nueva esposa para el Sol.

Conforme la despojaban de su envoltura de oro y a medida que adelantaba el trabajo de las "mamaconas", María Teresa, siempre con los ojos cerrados, aparecía enteramente cubierta de bandeletas. Exteriormente, la habían convertido ya en una momia. Tenía los brazos atados al cuerpo. Ya sólo faltaba depositarla en su tumba. Los ojos de Raimundo no se apartaban de lo que aún podía ver de aquel rostro adorado bajo las bandeletas perfumadas que le cubrían la barbilla, la frente y las mejillas, dejando solamente al descubierto los ojos cerrados y la boca entreabierta pero inmóvil, como si acabase de exhalar el último suspiro. Y creyó firmemente que María Teresa estaba muerta. Y esto, no cesaba de repetírselo, era lo mejor que podía haber sucedido. Así no se sentiría levantar por los tres repugnantes guardianes del Templo que la sentaban en su trono funerario y que, seguidos de toda la comitiva de "mamaconas", la

metían en aquel agujero abierto en el espesor del muro, en aquel nicho en el que debía permanecer mil años, para ser quemada a su vez.

En aquel momento, los rayos del sol, como para ofrecer una escala de oro a la esposa que la cruel piedad de los incas, sus hijos, le enviaban, fueron a posarse junto a María Teresa. Iluminaban su angosta tumba y Raimundo no perdió ni un solo detalle de esta lúgubre ceremonia. Se trataba de colocar nuevamente en su sitio las tres pesadas losas de granito rosa que, desliziéndose unas sobre otras y ajustándose y adaptándose perfectamente, iban a cerrar la tumba, con arreglo al sistema arquitectónico de los incas.

La operación prosiguió en medio del más terrible silencio.

Todos tenían los ojos fijos en aquella a quien emparedaban, pero nadie hubiese podido decir si no estaba ya muerta.

La primera losa deslizada por los guardianes del Templo que se encorvaban bajo su carga, ocultó a María Teresa hasta las rodillas. La segunda, izada hasta el borde superior de la primera por medio de una plataforma giratoria, fué colocada a su vez y ocultó a María Teresa hasta los hombros.

Ya sólo se veía su cabeza en aquel nicho funerario, su cabeza rodeada de bandeletas, su cabeza de momia, su rostro de muerta. Y entonces fué cuando, de repente, un prolongado estremecimiento agitó a toda aquella multitud que había presenciado sin conmoverse los precedentes horrores:

los ojos de María Teresa acababan de abrirse...

¡Acababan de abrirse de par en par en el fondo de aquella tumba que se cerraba! Los ojos estaban llenos de vida, espantosamente dilatados, muy abiertos, para abarcar lo que aún les era dado ver de la tierra antes de que llegase el instante a partir del cual sólo podría contemplar las tinieblas eternas. Sus ojos llenos de vida, miraban aquellas gentes que la veían morir, aquella multitud vestida de fiesta, aquel Templo resplandeciente, y, por última vez, la suave, la bellissima luz del día.

Una angustia sobrehumana dilataba aquellos ojos que se abrían para lanzar una mirada suprema y que ya nunca verían nada más... Los labios se agitaron y hubiera podido creerse que de ellos iba a escaparse un supremo adiós a la vida, un grito de horror hacia las tinieblas del sepulcro. Pero se cerraron después de exhalar un débil gemido, en tanto que la última losa ocultaba las pupilas llenas de vida.

Desde aquel instante pertenecía al dios.

Huáscar hizo una señal, y el éxodo comenzó en silencio. Todos debían retirarse del Templo como los antiguos se retiraban de la cámara nupcial después de conducir a la tímida esposa. Retirábanse sin cánticos, sin ruido, sin murmullos. Oyóse sobre las losas el roce de innumerables sandalias. Y los sacerdotes, con Huáscar a la cabeza, y los nobles y los "curacas", y los mancebos, y las vírgenes y las "mamaconas" franquearon el dintel de las puertas de oro.

Oviedo Runtu bajó de su trono y se sentó al

lado de la momia real, en el sillón de oro ocupado hasta hacía pocos instantes por María Teresa; los "ponchos rojos" se acercaron al trono en que estaban sentados los dos monarcas, el muerto y el vivo, y cargándose a hombros, desaparecieron a su vez por la galería de las tinieblas.

Ya sólo quedaban en el templo los tres guardianes y las cenizas de las víctimas.

Apenas habían cerrado los tres gnomos las pesadas puertas para consagrarse tranquilamente a sus tareas, cuando vieron que un bulto se precipitaba sobre ellos con desatentada furia, y huyeron, aterrados, a la capilla de la luna. Pero la hermana del dios no les protegió. Sobre las gradas de su altar cayeron aniquilados por el rayo humano, como animales dañinos. ¡Allí saltaron en pedazos los tres cráneos inmundos, destrozados por las balas de Raimundo! Y, terminada la ejecución, el joven volvió corriendo al Templo en donde ya Orellana atacaba las piedras con la piqueta. Le arrebató la herramienta y, jadeante, golpeó a su vez.

Pero las piedras no se movían, y Raimundo, con la frente cubierta de sudor, se preguntaba si no sería inútil tanta violencia. Trataba de ver, de razonar en aquel momento supremo. Quería valerse de su ciencia de ingeniero, de sus recuerdos de la escuela. Esforzábese en olvidar a María Teresa que agonizaba detrás de aquellas piedras, para no pensar más que en el secreto que las haría saltar. No pesaban mucho. El y Orellana podrían levantarlas fácilmente, puesto que habían obedeci-

do a los esfuerzos de los tres gnomos. Y si no las habían hecho más pesadas, era evidentemente porque los sacerdotes incas necesitaban moverlas para ciertas ceremonias. Pero, ¿por dónde atacarlas? ¿Por dónde atacarlas? (1).

(1) «Sencillez, simetría y solidez son los tres caracteres que ventajosamente distinguen a todos los edificios peruanos». Humboldt, *Vistas de las Cordilleras*, p. 115. Las piedras estaban talladas con gran regularidad y se ajustaban con tan exacta precisión que, sin las estrías, hubiera sido imposible señalar las juntas. Las aristas son de trabajo tan fino y están tan bien ajustadas entre sí que es imposible hincar en ellas la hoja de un cuchillo. (Prescott).

## ¿SE ABRIRÁ LA PRISIÓN DE GRANITO?

SERENA, tranquilamente, dominando la tempestad interior que le hubiera precipitado ciegamente contra aquel muro, trató de “encontrar las juntas”. Ordenando a sus manos que no temblasen, intentó deslizar la parte plana de la herramienta por entre dos piedras, pero no lo consiguió. Precisamente lo notable de la arquitectura inca es que, aun sin argamasa, las piedras se unen tan perfectamente, que muchas veces resulta imposible encontrar la línea divisoria. ¿Cómo las movían? ¿Cómo las habían movido? Porque las habían sacado de su alveolo. ¿Girarían sobre sí mismas? ¿Pero, en dónde sería necesario tocar? ¿Dónde debía golpear? Y entre tanto, María Teresa se moría en su prisión de granito.

Desesperado, cogió nuevamente la piqueta, que tuvo que disputar a Orellana, el cual le aturdía ya con sus desgarradores lamentos, y, con toda la violencia posible, dió un golpe al azar, en el ángulo izquierdo de la losa. Lo dió con todas sus fuerzas. Para darle había reunido todas sus energías.



Fué un golpe de titán. La piedra giró un poco sobre sí misma, hacia la derecha. ¡Sí, sobresalía un poco! Lanzó un grito de triunfo y siguió golpeando furiosamente.

El alveolo semicircular estaba hecho de tal modo, que la piedra podía deslizarse y girar hacia la derecha y por la derecha escaparse de entre las demás piedras que la sujetaban. Entonces comenzó a gritar: “¡María Teresa! ¡María Teresa!”, como si la joven pudiese oírle, y Orellana, que no hacía más que dar vueltas detrás de él, gritaba también: “¡María Cristina! ¡María Cristina!”

Raimundo daba golpe tras golpe, golpe tras golpe, y llegó un momento en que la piedra sobresalió por la derecha lo suficiente para que pudiera cogerla entre sus manos, entre sus uñas, que se rompió inútilmente al tirar de ella. Entonces con el mango de la piqueta siguió empujando por la izquierda, y todo el lado derecho de la piedra se escapó del alveolo.

Pudo así coger ya la piedra, y Orellana se unió a él, y ambos tiraron de la losa, tiraron... ¡y la losa cedía!... ¡María Teresa! ¡María Teresa!... ¡Iba a salvar a María Teresa!... ¡Ah! ¡Estaba salvada!...

Un supremo esfuerzo, un prodigioso impulso... y la piedra cedió, cayó con estrépito sobre las losas del Templo. ¡María Teresa!... La figura rodeada de bandeletas apareció en el fondo del obscuro nicho... “¡No era María Teresa!”...

Raimundo lanza un grito de rabia indescriptible... ¡Tiene delante el rostro de una reina muer-

ta, la momia de una “Coya” antigua! ¡Se ha equivocado!...

Agitado por un temblor espantoso, se vuelve hacia Orellana, alargando las manos, dispuesto a estrangular al desdichado loco que con su piqueta arremete ya contra otra tumba... ¡Y él, Raimundo, el más insensato, había continuado la obra emprendida por un loco!... ¡en aquel instante supremo del que dependía la vida de María Teresa se había dejado guiar por un loco!...

¡TODAS LAS TUMBAS SE PARECEN!

**Y** ahora, ¿es la tumba de la derecha?... ¿Es la de la izquierda?... ¡Ah! ¡Todas esas horribles piedras se parecen!... ¡Todas esas tumbas que circundan el Templo son iguales!...

Sin embargo, no puede haber un nuevo error. Puesto que la tumba que acaba de abrir no es la que encierra a María Teresa, será seguramente la otra, la de la derecha.

Esto puede determinarlo fácilmente por el ángulo del altar por sobre el cual se deslizaba su mirada, desde lo alto del nicho, para llegar a la tumba en donde habían enterrado a María Teresa. ¡No hay duda!... ¡No hay duda!... Y golpeó con ahinco la tumba de la derecha. Comenzó nuevamente el mismo trabajo brutal. ¡Da un golpe!... ¡Otro!... y tras él Orellana, Orellana, que está más loco que nunca, porque no ha reconocido a su hija, grita a cada golpe: ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ah!... como si él mismo lo diera... Al fin gira la piedra... Se desprende... Se desliza sobre sus manos... ¡Ya está abierto el nicho!... ¡María Teresa!...

¡Soy yo, Raimundo!... ¡Respóndeme!... Y se inclina sobre aquella cabeza inmóvil de muerta. “¡No es María Teresa! ¡No es María Teresa!”

¡Ah! ¡Dios del cielo! Raimundo cae sobre las losas, anonadado y desesperado. Y lanza un sollozo terrible que expresa toda su rabia, y toda su impotencia, y toda la desesperación de su ser, que se rebela contra el destino... Pero, ya está de pie otra vez, ya ha vuelto a reanudar su trabajo. Orellana es quien le ha dado el ejemplo. ¡Porque Orellana está ya trabajando!... ¡Puesto que no era la tumba de la derecha, será la de la izquierda!... ¡Y Raimundo arranca otra vez la piqueta de las débiles manos del anciano, y golpea furiosamente el granito!... ¡Ah!... ¡Cuánto tiempo ha pasado ya, cuántos instantes perdidos!... ¡Y mientras, María Teresa se ahoga, víctima de su error!... ¡Da otro golpe, Raimundo!... ¡Da otro golpe!... ¡Otro! ¡La piedra cede!... Y al fin vas a ver a tu prometida... Vas a salvarla... al fin vas a “reconocerla”!...

¡Hala!... ¡Hala!... ¡Tira de la piedra!... ¡Otro esfuerzo más!... ¡Así!... ¡Ya es tuya la piedra!... ¡Déjala caer al suelo!... ¡Mira!... ¡Ah desdichado!... ¡No la reconoces!... “¡No es María Teresa!”... ¡No es ella!... ¡Es otra... es una muerta!...

Pero mientras tú lanzas por tercera vez tu grito de infernal desesperación y te golpeas la cabeza contra las paredes y ansías morir para sustraerte a este espantoso suplicio, Orellana deja escapar una exclamación de alegría y de triunfo:

—¡Mi hija! ¡Mi hija! ¡Mi María Cristina!...

¡Aquí me tienes!... ¡Soy yo!... ¡Es tu padre que viene a salvarte!...

El loco ha reconocido a su hija... ¡Es ella, es ella, es la hija que le robaron hace diez años y a la que busca desde entonces en el fondo de todas las galerías de las tinieblas y en todos los Templos de la Muerte!...

—¡María Cristina!, espera, espera!... ¡No falta más que una piedra! ¡No falta más que una piedra!... ¡Y te sacaré de tu prisión!... ¡Hija mía!... ¡Hija mía!...

Llora, solloza de gozo, le ahoga la alegría. Sus manos trémulas recogen la piqueta y golpean el granito.

Pero Raimundo se precipita sobre él.

—¡Pierdes el tiempo tratando de salvar a una muerta, y en estas tumbas hay una criatura viva!

Entáblase una lucha entre el anciano y Raimundo por la posesión de la herramienta, que, naturalmente, queda en manos del joven. Entonces, mientras Raimundo comienza nuevamente a demoler con rabia aquellos muros, el anciano, merced a un supremo esfuerzo, consigue arrancar la segunda piedra y saca de la tumba el esqueleto envuelto en bandeletas de su hija querida, de su María Cristina, al que estrecha entre sus brazos, al que oprime contra su pecho, al que cubre de besos y con el que rueda sobre las losas del Templo, y sobre el cual se duerme para siempre con un suspiro de satisfacción.

Orellana ha muerto, pero ha encontrado a su hija.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

#### LA DESESPERACIÓN DE RAIMUNDO

**Y** Raimundo, ¿encontrará a María Teresa?... Abre otra tumba... y halla otra muerta... ¡Oh, misterio de los dioses! ¡Misterio del Templo de la Muerte que no devuelve más que muertos y conserva en su poder la esposa viva!... Tamba-leándose, gritando, llorando, clavándose las uñas en las carnes, desgarrándose las, pronto a ofrecerse él mismo, víctima palpitante, al dios feroz que necesita carne y sangre, Raimundo, tropezando, cayendo, levantándose, arrastrando tras sí su piqueta inútil que no sabe dónde golpear... trata aún de comprender, de darse cuenta... Su mirada extra- viada recorre aquel templo circular en el que to- dos los motivos de ornamentación se repiten, en el que es casi imposible encontrar un punto de par- tida... Y como no logra lo que desea... golpea al azar... ¡Tal vez sea esto lo mejor!... Tal vez la ca- sualidad le dé lo que el cálculo le ha negado; ¡tal vez la casualidad le revele aquella tumba en la que está encerrada una mujer viva entre las noventa y nueve muertas! ¡Y golpea nuevamente las pie-

dras!... ¡Pero, cuán débilmente esta vez!... ¡Oh! ¡Cuán débilmente!... ¡Ah! ¡Cómo pesa la piqueta en sus manos trémulas!... ¡Ya no puede más!... “¡No puede más!”... La deja caer... Y él permanece de pie, con los brazos colgando, con la mirada extraviada... con los ojos clavados en los ojos de las muertas que le miran confundidas entre los escombros que le rodean al terminar su sacrilega obra. ¿Cuántas horas lleva trabajando? Los rayos oblicuos del sol han ascendido a lo largo de las paredes para desaparecer al fin; y la claridad que les sigue se ha extinguido a su vez. Y las tinieblas lo invaden todo. Y llega la noche... Raimundo yace en las gradas del altar, hasta el cual se ha arrastrado, envuelto en las sombras de la noche que tiende sobre su agonía velos tan negros como los de las “mamaconas”, y cierra los ojos para dormir o para morir... ¡Puesto que María Teresa ha muerto!...

## CAPÍTULO ÚLTIMO

EN EL QUE QUEDA DEMOSTRADO QUE LOS ENAMORADOS NO DEBEN DESESPERAR NUNCA DE LA PROVIDENCIA

UNA mañana que el vaporcito del lago Titicaca pasaba a la vista de las islas, comenzó a hacerle señas un arrogante indio quichúa que estaba de pie en su piragua de “totora” y que, bajo su poncho, agitaba desesperadamente los brazos. El barco acortó la marcha y el capitán, comprendiendo que se trataba de salvar a un blanco que sin duda yacía en el fondo de la lancha, consintió en detenerse. Así fué como Raimundo Ozoux volvió al mundo civilizado.

Después de una fiebre que le hubiese llevado al sepulcro sin remisión, de no haberse hallado precisamente en el país en donde el mundo aprendió a curarla, se despertó en el modesto lecho de un comerciante en lana de alpaca de Puno, el cual se encontraba a bordo del “Yavari” en el momento en que izaron el pobre cuerpo de Raimundo, que